

para el mundo proverbial. La observación de las tablas nos muestra que no siempre se da una equivalencia total entre las fórmulas sapienciales francesas y españolas. A título de ejemplo, podemos citar la pareja «sentencia-sentence», donde la no jocosidad de la primera es muy marcada, mientras que en la «sentence» no aparece este rasgo.

Ante los resultados de las tablas, la autora nos propone la «paremia» como archilexema de los enunciados sentenciosos españoles y su correspondencia, «parémie», para los franceses. Teniendo en cuenta, por una parte, que toda paremia sería *aquella unidad funcional memorizada en competencia y que sobresale por los rasgos siguientes:*

- brevedad;
- carácter sentencioso;
- antigüedad;
- unidad cerrada;
- engastamiento;

y, por otra, las notas diferenciadoras que reflejan las tablas acerca de las fórmulas sapienciales, se llega a definir de modo claro y preciso las principales unidades paremiológicas francesas y españolas, y al tiempo que se confecciona una clasificación de las mismas y se fija la correspondencia entre ellas.

El libro termina con un breve epílogo en el que se alude al uso cada vez menos frecuente que se hace de estos enunciados, especialmente las menos populares; pero todavía no se puede de su desaparición, pues, según la Dra. Sevilla, estamos asistiendo a la aparición de nuevas paremias y «quizá sea el eslogan, con sus fines políticos y comerciales, la forma paremiológica de los tiempos actuales, no transmitiendo principalmente boca a boca de generación en generación, sino difundido arrolladoramente por la radio y la televisión» (p. 234).

Para concluir, debemos señalar que este libro aporta una valiosa y elaborada bibliografía de más de ciento cincuenta autores que complementa la investigación paremiológica; inserta citas procedentes muchas de ellas de obras raras y, por tanto, de difícil localización y acceso; destaca por la claridad en la exposición, motivada en gran medida por el empleo de una progresión cronológica en la alusión a las teorías y opiniones dadas por obras y autores sobre los enunciados sentenciosos, la utilización de tablas, resúmenes, etc., y, por último, define y clasifica con un enorme rigor científico las paremias francesas y españolas. Por todo ello, esta obra constituye un excelente manual de consulta para aquellos que deseen investigar en este campo lingüístico y no estén satisfechos con las aproximaciones conceptuales realizadas hasta ahora de los miembros que componen el mundo proverbial. Esta obra, sin embargo, no interesa únicamente a los paremiológicos y etnólogos. Por el contrario, su lectura puede ser de gran utilidad para los romanistas, los hispanistas, los estudiosos de la lengua francesa, los traductores y, en general, todos los filólogos.

ÁLVARO ARROYO ORTEGA

OLENDER, Maurice: *Les langues du Paradis. Aryens et Sémites, un couple providentiel*, París, Hautes Études, Gallimard, Seuil, 1989.

Difícilmente puede un texto científico librarse de acarrear un componente ideológico: a veces, incluso, son de esa índole los motivos e intenciones que impulsaron a su producción. La ciencia lingüística, en sus comienzos, como señala Vernant en el prefacio de este libro de Olender, distaba de ser excepcional a este respecto, ya que partía de profundas raíces tradicionales para llegar a

menudo a la creación de una verdadera mitología, muy relevante en el surgimiento y desarrollo de los nacionalismos, y que se refleja en las literaturas y el arte románticos.

A ella dedica su atención Olender aquí, eligiendo como campo de observación los orígenes de la indoeuropeística y de los estudios semíticos.

Estas disciplinas científicas —muestra Olender— han ido arrancando trabajosamente de especulaciones muy antiguas acerca de la lengua adámica y la situación del Paraíso Terrenal: búsqueda de los Orígenes del hombre y la cultura.

Tras haber fijado en el primer capítulo los límites cronológicos y el marco teórico en que se ha de desarrollar su estudio, Olender emprende pormenorizadamente el de ocho grandes pensadores cuyas investigaciones desempeñaron un papel fundacional en ciencias tan inseparables en sus comienzos como la lingüística y la historia de las religiones.

Partiendo de precursores como Richard Simon, que en su afán de restituir a las Escrituras su forma original, anterior a una supuesta deformación malévolamente introducida por los judíos de la diáspora, puso la primera piedra de la filología bíblica, y Lowth, que por primera vez aplicó a la Biblia, considerada como texto poético, los métodos de la poética clásica (lo que, según él, exige del lector el muy romántico empeño de transformarse en espíritu en un hebreo antiguo), se desemboca en la obra ingente de Herder.

Cree éste explicar la singularidad, indicada por Lowth, de la sublimidad de la poesía bíblica, ausente en los clásicos, por el monoteísmo y por la propia estructura de la lengua hebrea, la más cercana a la adámica; dejando claro que aquel hebreo escriturario era bien distinto del talmúdico, ya degenerado.

Herder fue autor contradictorio. Si bien, en su relativismo cultural, afirmó la inexistencia del progreso y de la superioridad de unas culturas sobre otras, y la elección divina de diversos pueblos consecutivos para llevar la antorcha de la civilización, si bien preconizó el método de encarnarse en el pasado israelita para entenderlo intuitivamente y ensalzó el sistema político mosaico, la «nomocracia» en que la ley gobierna por sí sola, admitió, sin embargo, que la influencia del clima privilegiaba de hecho a los habitantes de zonas templadas y que la Providencia había decidido el triunfo del cristianismo en Europa, y por ende la superioridad de ésta sobre el resto del mundo.

La influencia de Herder y la de la naciente indoeuropeística confluyeron en la obra de Renan, que concebía a la humanidad civilizada como dos ríos, arios y semitas, dotados de cualidades opuestas y complementarias. De los arios, la variedad, la movilidad, la multiplicidad; de los semitas, la unidad, la inmovilidad, la duración. Esto se refleja en la lengua: las lenguas arias, dotadas de flexión, predisponen al hombre a la mitología, de donde arranca la ciencia; las semíticas incapacitan para la objetividad, la metafísica, la abstracción teórica, científica o política, para la actividad militar y la épica, y conducen a la mística. La lengua, que corresponde a una religión y a un paisaje (las lenguas semitas son secas como el desierto, las indoeuropeas frondosas como los bosques de Germania), determina los rasgos culturales de una raza, que es una entidad lingüística. Y por sus características, la raza aria le parece haber sido desde el origen (Renan sospechaba que el Paraíso Terrenal estuvo en tierra aria, en el Himalaya, así como Herder lo situaba en el Ganges) destinada al dominio. La misión de los semitas era sólo conservar el monoteísmo hasta la llegada de Cristo: el cristianismo sería un injerto semita en el tronco ario, que tuvo gran dificultad en adoptarlo, adaptándolo a la vez: resulta por ello el menos monoteísta de los monoteísmos.

Coetáneo de Renan, Max Müller ve insalvables contradicciones en las teorías de éste: la existencia evidente de un politeísmo semita, que Renan había atribuido a un fenómeno degenerativo que acababa por deificar ciertos atributos del dios único original, y la aceptación del monoteísmo cristiano por los indoeuropeos. Müller cree que la idea de Dios es innata, pero que adopta formas distintas según la estructura del lenguaje de los distintos pueblos. El semita, en que el sentido de

las raíces es transparente, aboca al monoteísmo, mientras el ario, que lo oculta tras los sufijos flexivos, conduce a la personificación, a la metáfora, y de ella al politeísmo, que no es sino una enfermedad del lenguaje.

Pictet, a quien corresponde el mérito de haber descubierto el carácter indoeuropeo del celta, se propuso estudiar la vida cotidiana de los antiguos indoeuropeos a partir de su léxico, tal como el paleontólogo reconstruye la vida del pasado a partir de los fósiles. Llega así a la conclusión de que existió un monoteísmo original indoeuropeo, religión pura, patriarcal, como la que se había atribuido a menudo a los druidas. Este monoteísmo, perdido pero latente, era el que explicaba, en su opinión, la facilidad de la difusión del cristianismo entre los arios (idea que encontramos en algún historiador romántico español). Si bien los indoeuropeos son, para él, la raza superior, sólo alcanzan su máximo esplendor mediante el cristianismo, lo que justifica no sólo que dominen a los semitas, sino a los arios no cristianos, en la India.

El teólogo Grau, en cambio, defendió el semitismo, aunque sólo en su forma cristiana. Creía que este elemento semita era lo que impedía a los arios recaer en el paganismo y la barbarie consiguiente. Postuló la existencia de unas nupcias místicas, que unían a los semitas (elemento femenino) con Dios, y a los arios (elemento masculino) con la naturaleza. El cristianismo desposaba a los semitas, masculinos ahora, con los arios, cuya materia, prometedor pero bruta, informaba mediante el espíritu de la Iglesia.

Con Goldziher, por fin, se abre paso el estudio positivista de la mitología semítica, cuya existencia siempre defendió este autor frente a las teorías tradicionales: un pueblo sin mitología — dice — no puede existir, porque es su mitología, o idea del mundo, lo que hace que un pueblo sea tal. Arremetiendo contra el prestigioso mito de los Orígenes, defiende la influencia de la historia en la mitología: factores políticos le parecen haber determinado la transformación hebrea del mito en historia sagrada. Una evolución universal conduce, según él, a todo pueblo del politeísmo a la ciencia, pasando por el monoteísmo.

A través de estos autores se configura la idea de una pareja de razas, dotadas *ab initio* de misiones providenciales opuestas, que Olender cree ver simbolizada en el mito wagneriano de Sigfrido: una fuerza invencible, juvenil, angustiada por la ignorancia de sus orígenes, frente a una antigua e inmutable sabiduría, celosamente conservada, pero no susceptible de transmisión (sin la muerte de su detentor) e incapaz de obrar sobre el mundo. Olender nos proporciona así una nueva visión de la historiografía y de la filología románticas, que restituye a los textos la dimensión religiosa y fantástica de que fueron despojados en aras de la ciencia por lectores posteriores, y sin la cual no comprendemos ni su complejidad ni su porqué.

JUAN RENALES

RIQUER, Martí de: *Aproximació al «Tirant lo Blanc»*, Barcelona, Quaderns Crema, 1990, 319 pp.

Hacer la reseña de este libro implica una doble reseña: la del contenido del estudio sobre el *Tirant lo Blanc* y la del género ensayístico y crítico del Dr. Riquer. Comenzaremos por este último aspecto, aunque pueda parecer insólito ya que generalmente de un libro erudito se atiende prioritariamente a la materia estudiada.

Hay aún otro aspecto enunciado que podría rayar en desatino y nos hace anteponer el tratamiento del estudio a éste mismo: la referencia al género ensayístico y crítico cuando son ambos géneros muy opuestos. El ensayo de por sí es incompleto; precisamente lo define su informalidad